

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO DOMINICANO

Encuentro con los seminaristas

14 de noviembre de 2018

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

Seminaristas de la etapa configuradora o de los estudios teológicos

14 de noviembre de 2018

Introducción

La etapa configuradora **da inicio a la formación específica del pastor que continuará a lo largo de la vida**. Deberás aprender cada aspecto de la formación de un modo inicial y con la suficiente profundidad, de modo que efectivamente permanezcas abierto a la formación continua. Es más importante establecer **un modo de vida** que cumplir con una serie de requisitos. Y que esto lo hagas de un modo consciente y deliberado. *El contenido de esta etapa es exigente y fuertemente comprometedor. Se requiere una responsabilidad constante en la vivencia de las virtudes cardinales, las virtudes teologales y los consejos evangélicos, siendo dócil a la acción de Dios mediante los dones del Espíritu Santo, desde una perspectiva netamente presbiteral y misionera, junto a una gradual relectura de la propia historia personal, en la que se descubra el crecimiento de un perfil coherente de caridad pastoral, que anima, forma y motiva la vida del presbítero* (RFIS, 69).

El compromiso de un seminarista que ha afirmado ya su identidad discipular e inicia la configuración con Cristo Pastor se traduce en **un claro testimonio** de vida, que marca tu interioridad y se hace visible y objetivo de muchas maneras, pues lo que abunda en el corazón se expresa con la misma abundancia. Quisiera poner atención a dos de estas manifestaciones:

▪ En la vida interna del Seminario, estás llamado a ser **motivo de edificación y de aliento** para los más jóvenes. Es lo que naturalmente se espera de los mayores, que den buen ejemplo en todos sentidos, que atraigan a los seminaristas de las primeras etapas por su dedicación efectiva a la formación, por su vida espiritual, por su mayor madurez personal, por su discreción y humildad. Un seminarista de la etapa de configuración que escandaliza a los jóvenes, está matando sus esperanzas y crea en torno a sí una cultura anti-vocacional.

Conviene que te preguntes: ¿Soy un referente positivo y edificante para los hermanos en el Seminario? ¿Qué necesito corregir para que mi testimonio ante ellos sea más nítido?

▪ En el apostolado, el crecimiento integral objetivo que has conseguido debe **atraer nuevas vocaciones**. Los jóvenes reconocerán en ti un testigo del evangelio y de los valores sacerdotales. Además, en razón de la madurez conseguida, te darán credibilidad, al grado de confiarte sus propias inquietudes, incluidas las vocacionales. Efectivamente, en la historia vocacional de los seminaristas un punto importante suele ser el testimonio y el acompañamiento de otro seminarista.

Puedes preguntarte: ¿Cómo me ven los jóvenes con quienes trato en el apostolado? ¿Mi modo de vida suscita una atracción y un cuestionamiento? ¿Qué puntos de mi comportamiento son menos edificantes o podrían provocar escándalo?

Realizada la etapa discipular, *la formación se concentra en el **proceso de configuración del seminarista con Cristo, Pastor y Siervo, para que, unido a Él, pueda hacer de la propia vida un don de sí para los demás.** Esto exige **entrar con profundidad en la contemplación de la Persona de Jesucristo, Hijo predilecto del Padre, enviado como Pastor del Pueblo de Dios. La práctica de la contemplación hace que la relación con Cristo sea más íntima y personal y, al mismo tiempo, favorece el conocimiento y la aceptación de la identidad presbiteral*** (RFIS, 68).

Tradicionalmente se ponían en los Seminarios santos patronos que habían muerto siendo seminaristas para dar este mensaje: ya en esta etapa **se puede y se debe ser santo**. Uno de estos patronos es **San Luis Gonzaga**, conocido como el santo de la pureza. Aunque este rasgo de castidad tiene un gran valor, quisiera subrayar un aspecto menos conocido de la figura de este santo seminarista.

Para entrar a la Compañía de Jesús cedió a su hermano Rodolfo sus derechos de primogénito, dejando a su padre muy claro el sentido definitivo de su decisión. En esa circunstancia declaraba: *¿Quién de los dos es más feliz?; ciertamente, yo*».

Ante la epidemia de peste que le llevó a la muerte a los 23 años, San Luis se entregó al cuidado de los enfermos; reconocía que *«el Señor le había dado un gran fervor en ayudar a los pobres»*, y añadía: *«cuando uno tiene que vivir pocos años, Dios lo incita más a emprender tales acciones»*.

Con este ejemplo quiero invitar a cada uno de ustedes a **vivir con intensidad y profunda entrega** esta preciosa etapa formativa. Les aseguro que no se arrepentirán.

A continuación voy a desarrollar con más amplitud algunas ideas esenciales en torno a las cuatro dimensiones formativas en la etapa configuradora.

La identidad del pastor

La configuración con Cristo Pastor implica **un proceso espiritual** profundo, es decir, la transformación del hombre interior. *El gradual crecimiento interior en el proceso formativo debe tender principalmente a hacer del futuro presbítero el “hombre del discernimiento”, capaz de interpretar la realidad de la vida humana a la luz del Espíritu, y así escoger, decidir y actuar conforme a la voluntad divina* (RFIS, 43).

Sobre la base de una auténtica vida discipular, ahora se construye la **identidad propiamente sacerdotal**. Esta configuración se realizará **de modo sacramental** a través de la ordenación, pero ese don requiere, antes y después del sacramento, **un cuidadoso proceso formativo**. *Esta etapa facilita un arraigo gradual en la personalidad del Buen Pastor, que conoce a sus ovejas, entrega la vida por ellas y va en busca de las que están fuera del redil* (RFIS, 69).

Es importante que cada seminarista verifique que en su proceso espiritual se han dado **dos puntos de inflexión**. El primero consiste en entender la propia vocación como un camino de **humilde servicio y entrega de la vida**, a ejemplo de Jesús (Cf. Mt 20, 20-28). Es lo que llamamos «vida discipular». El segundo, consiste en que el humilde servicio y la entrega de la vida se haga **en función del crecimiento de todo el pueblo de Dios y en referencia a la Iglesia particular**. Es lo que llamamos «identidad del pastor».

El presbítero comparte con todos los creyentes su vida discipular, y por ello es **hermano entre otros hermanos**. Pero su entrega pastoral en bien de cada miembro del pueblo de Dios lo sitúa en una perspectiva paternal. Más allá de sus deficiencias llega a ser **un signo personal de Cristo**, el buen pastor. Se cumple así la profecía de Jeremías: *Les daré pastores según mi corazón* (Cf. Jer 3, 15). Literalmente el texto dice «pastores que me sean fieles», es decir, que reproduzcan, desde su interioridad, la voluntad salvífica y amorosa de Dios.

La formación humana

El especial cuidado de la dimensión humana, propio de la etapa precedente, ha suscitado una maduración objetiva de la personalidad del seminarista, que no constituye una posesión segura, sino sobre todo una mayor capacidad para gestionar sus propias virtudes y defectos. Durante la etapa de configuración el seminarista procura **interpretar los rasgos de su propia persona** como ocasiones para el servicio al pueblo de Dios, en dos sentidos.

En sentido positivo, **desarrollando las virtudes humanas** tan necesarias para el ejercicio del ministerio presbiteral, *amar la verdad, la lealtad, el respeto por la persona, el sentido de la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la verdadera*

compasión, la coherencia y, en particular, el equilibrio de juicio y de comportamiento (PDV, 43). Se espera del sacerdote una clara madurez humana, sobre todo a la hora de relacionarse con los demás y de reaccionar ante diversas situaciones. Esta madurez se construye, no se improvisa.

En sentido negativo, permaneciendo atento al propio comportamiento con una gran **capacidad autocrítica**, de modo que sepa identificar las actitudes que no edifican al pueblo de Dios, se arrepienta de ellas y las corrija en el momento oportuno. *Un siervo del Señor no debe ser conflictivo, sino amable con todos, apto para enseñar y sufrido* (2Tim 2, 24). Para conseguir este fin, contamos con la inestimable ayuda de la **corrección fraterna**. Es normal que un sacerdote, expuesto continuamente a la vista de la gente, recurra a la corrección **de los fieles** y particularmente **de los hermanos en el presbiterio**, a fin de ser un nítido símbolo personal del Señor. Esto supone una ascesis, que está motivada por la caridad pastoral.

El estudio de la teología

La formación teológica «debe llevar al candidato al sacerdocio a poseer una visión completa y unitaria de las verdades reveladas por Dios en Jesucristo y de la experiencia de fe de la Iglesia; de ahí la doble exigencia de conocer “todas” las verdades cristianas y conocerlas de manera orgánica, sin hacer selecciones arbitrarias» (PDV, 54). *Se trata, así, de una fase cualificante y fundamental del proceso de formación intelectual, porque «a través del estudio, sobre todo de la teología, el futuro sacerdote se adhiere a la palabra de Dios, crece en su vida espiritual y se dispone a realizar su ministerio pastoral* (PDV, 51)» (RFIS, 165).

Los preciosos contenidos del estudio de la teología, si son acogidos por un candidato al sacerdocio bien dispuesto, se transforman en un medio formativo de primer orden. Por ello es necesario que **cultives esta disposición**, yendo más allá de inútiles posicionamientos ideológicos y aprovechando los estudios para el bien del pueblo de Dios. También en la dimensión intelectual el alma y la motivación de la formación es la caridad pastoral.

Tienen especial relevancia las «**materias ministeriales**», que deben ser tomadas con seriedad porque se refieren a aspectos prácticos de la vida y el ministerio sacerdotal. La *Ratio Fundamentalis* ha insistido en estas materias porque en repetidas ocasiones hay una notoria deficiencia de los sacerdotes al respecto.

La formación pastoral

El discípulo misionero que se prepara para ser pastor necesita percibir la **compleja diversidad de la comunidad cristiana** y la **amplitud del ministerio sacerdotal**. Este es el sentido de la formación y de la actividad pastoral durante estos años. De estos dos

elementos se derivan sendos criterios de idoneidad de los candidatos al ministerio sacerdotal:

Primeramente, el reconocimiento y valoración de las **diversas vocaciones, carismas, servicios y ministerios** que conforman la comunidad cristiana. Se espera del presbítero una **actitud positiva y constructiva** ante cualquier realidad eclesial. Esto exige un proceso formativo que incluye, inicialmente **aprender de ellos**, permitiendo que sus carismas enriquezcan su espiritualidad de sacerdote diocesano, y luego, **la colaboración** realizada con actitudes de humilde servicio.

El otro criterio es el de una **percepción amplia del ministerio sacerdotal**. El seminarista de la etapa configuradora **conoce diversas maneras legítimas de ejercer el servicio pastoral**, por ejemplo, en la parroquia, en el Seminario, en la atención a los inmigrantes o a los jóvenes, en el acompañamiento y la dirección espiritual, etc. Consecuentemente **se abre a distintas posibilidades** de realización sacerdotal, mostrando una profunda disponibilidad ante las necesidades de la diócesis.

Estos dos criterios suponen y exigen el paso de una visión reductiva del ministerio sacerdotal a una actividad, hacia una **visión profunda de los valores sacerdotales que sustentan cualquier actividad**. Es dar el paso de la orientación al rol a la orientación al valor. Como se puede apreciar, durante los cuatro años de la teología apenas da tiempo de asomarse a esta compleja realidad... para ampliar y profundizar está precisamente la formación permanente.

Hitos litúrgico-ministeriales

Durante la etapa teológica se realizan tres ritos de carácter ministerial que muestran la seriedad de este camino de configuración espiritual con Cristo Pastor. Estos ritos no deben verse como escalafones hacia el sacerdocio, sino como expresiones del compromiso formativo de cada seminarista, que es reconocido, valorado y estimulado por la Iglesia particular.

▪La **admisión** entre los candidatos a las órdenes. Este sencillo rito pone de manifiesto el compromiso del seminarista de la etapa teológica de tomar en serio su propia formación. Ya no se trata solo de una opción personal, sino de **un compromiso eclesial**. Ser admitido como candidato no significa ser admitido a las órdenes. Esto se hará muy posteriormente. Realizar este rito en la comunidad del Seminario tiene un valor simbólico, porque es allí, entre sus hermanos seminaristas, el primer lugar donde va a ofrecer su testimonio de vida.

▪El ministerio de **lector**. El ritual correspondiente pone el centro en la **asidua meditación** de la palabra de Dios, que permite después su adecuada **proclamación** y la iniciación de los cristianos en su **escucha**. Es evidente que un vínculo personal y profundo con la Sagrada Escritura, que es estudiada sistemáticamente durante esta

etapa, es un **cauce idóneo para la configuración** con Cristo, presente en toda la Escritura.

▪ El ministerio de **acólito**. Aquí el centro está en la **participación en los misterios**, representados de modo simbólico en la Eucaristía y en el servicio del altar. El seminarista que recibe el ministerio de acólito se compromete públicamente a una **participación consciente, activa y fecunda** en la vida sacramental de la Iglesia, participación que continuará a lo largo de la vida y el ministerio sacerdotal.

Como se puede observar, hay una integración armónica entre estos hitos litúrgicos y el proceso formativo. Es así como conviene vivirlos.

Oración final

Quisiera terminar con un momento de oración inspirada en el prefacio de la fiesta de Jesucristo, sumo y eterno sacerdote.

Padre Santo,
que constituiste a tu único Hijo
pontífice de la Alianza nueva y eterna
por la unción del Espíritu Santo,
y determinaste, en tu designio salvífico,
perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio.

Señor Jesús,
que no sólo has conferido el honor del sacerdocio real
a todo tu pueblo santo,
sino también, con amor de hermano,
eliges hombres de este pueblo
para que, por la imposición de las manos,
participen de tu sagrada misión.

Ellos renuevan en nombre de Cristo
el sacrificio de la redención,
preparan a tus hijos el banquete pascual,
presiden a tu pueblo santo en el amor,
lo alimentan con tu palabra
y lo fortalecen con tus sacramentos.

Concede a tus sacerdotes, Señor,
Que animados por el Espíritu Santo,
entreguen su vida por ti
y por la salvación de los hermanos,
configurándose con Cristo,
en testimonio constante de fidelidad y amor.